



ALEGRIA

Fuente: 1ª Conversaciones de Cala Figuera, Fundación Eduardo Bonnín Aguiló (FEBA).

Este libro describe *días de reflexión sobre el Carisma Fundacional del Cursillo celebrado en "el Porciúncula" en Palma de Mallorca en el cincuentenario del primer Cursillo celebrado en Cala Figuera en Santanyí, en la isla de Mallorca, España en agosto de 1944. Este rollo fue presentado por Jesús R. Valls Flores.*

PRESENTACIÓN Y PANORAMA

Quiero en primer lugar agradecer el hecho de que hayáis contado conmigo para intervenir en este gran acontecimiento cursillista, ya que en esta época de mi vida para mí tiene un valor definitivo.

Estas conversaciones han significado tanto o más como haya podido significar aquel Cursillo número 339 celebrado en el Monasterio de Santa Lucía, aquí en Mallorca, en 1987, el de mi Cursillo, mi primer Cursillo, cuando tenía 15 años. Para mí ha supuesto que hemos estado viviendo estos días, un más allá, una Ultreya, un todavía más. Si bien mi Cursillo a los 15 años de edad supuso el descubrimiento de algo nuevo, quiero decir, una nueva forma de vivir el cristianismo. Pues bien, algo que estaba buscando sin saber y que no sabía que encontraría; es a través de esta «vivencia» y convivencia, con hermanos Cursillistas de tantos lugares del mundo, cuando Dios me ha abierto un camino claro de esperanza y por tanto de posibilidad de incorporar esa realidad cursillista a mi tiempo y a mi lugar y a la circunstancia concreta en que vivo. Apuesto más que nunca por ello, como único modo en que siento que puedo vivir plenamente.

Me sorprende, el hecho de comprobar cómo ha maravillado a estos vosotros ilustres visitantes de todos los países aquí representados, la presencia de jóvenes en los Cursillos de Mallorca. Y es que los Cursillos empezaron siendo cosa de jóvenes, y la madurez de aquella idea, que luego se ha reconocido como carisma fundacional por la Iglesia, impregnó de ímpetu espiritual y marcó un estilo determinado y concretó un método que ha hecho de Cursillos de Cristiandad un Movimiento capaz de alcanzar la altura de todo corazón sensible a la verdad de Cristo.

Siento por ello hoy la necesidad de congratularme con todos vosotros y hacer alusión especial a mis amigos jóvenes de Mallorca, de algo que tengo la seguridad, no me van a reprochar. Y es que para saber qué es lo que los jóvenes pueden aportar al MCC no basta con su mera presencia en las convocatorias cursillistas. Pues muchas veces, la comunidad donde nacieron los Cursillos, Mallorca, aún teniendo la cercanía histórica y geográfica de las fuentes, hemos pasado épocas de aletargamiento y de «cansancio», en que hemos perdido la verdadera luz, de no saber por qué estamos en el Movimiento de Cursillos. Y lo que hoy quiero decir, a los jóvenes que habéis estado aquí conmigo, que este acontecimiento de las I Conversaciones sobre las ideas que han dado soporte al Carisma Fundacional, tiene que ser un punto de partida para coger definitivamente la antorcha del verdadero fuego del espíritu que aterriza en el Mundo en forma de M.C.C. Vosotros y yo sabemos que si no tomamos el testigo de los propios iniciadores, desorientamos el sentido de Cursillos. Necesitamos los Cursillos de los iniciadores y, lo que es más, muchos los necesitan.

Y es que sólo estamos en el camino idóneo cuando confirmamos estas cosas, empapando nuestra consciencia de que Dios nos ama, y cuando aceptamos que desde la fe Jesucristo está con nosotros y que es el que gobierna nuestra comunidad. Que Cristo es una presencia y que nosotros no somos superiores a los demás, pero sí que nuestras vidas reciben y aportan mucha más luz por ello. Por todo eso permítanme invitarlos a que formemos un grupo fijo, bueno, hermanado y alegre, para poder llegar a lo que puede recibir el hombre de hoy de Cursillos de Cristiandad.

Aquel esfuerzo que realizaron unos jóvenes en los años cuarenta y cincuenta no puede quedarse en nada cuando ya no estén los que lo iniciaron. Ellos fueron los iluminados por el Espíritu, y el Espíritu no muere. Y resucita cuando nace en la consciencia de nuevas personas. ¡Amigos!, tenemos que tomar y aprehender la antorcha portadora de aquel fuego primero, tenemos que tomar el testigo y hacer de nuevo actual en la historia la visión de lo eterno. Hoy por el presente

acontecimiento, también me doy cuenta verdaderamente de la relevancia que tiene el hecho de que haya una obra como la de Cursillos de Cristiandad en nuestra religiosidad actual.

Me presento ante vosotros como cursillista con una confesión de Credo: creo en Jesucristo y él es mi ideal. En la vida siempre encontramos lo que buscamos, el creyente equivocado se centra en el encontrar y el auténtico comprende su propia naturaleza humana y se afana en el buscar. La vida es un tiempo de búsqueda. Desde la juventud de espíritu quizás esto se entiende mejor, y mentalmente creo que a lo más que puede llegar una persona es a intuir, cuando no podemos saber, es decir, llegar con el pensamiento a lo que más nos interesa, que es el mundo de lo indemostrable que nos interpela.

En especial los años de juventud en la vida son un tiempo de intuición, y eso me hace repetir en voz alta el brocado que aprendí de Francisco Serra. «El hombre cargado de honores ridículos muere aplastado bajo el peso de un fútil saber, después de haber olvidado o que una vez había intuido en su juventud». Y es que tal vez lo que más nos conecte con la vida sean las intuiciones que tenemos durante la juventud.

Cuando cumplí 18 años pensé cuál era mi estado en aquel momento y escribí algo que decía, más o menos así:

Deber todavía no sé que debo, de lo que estoy seguro es por lo que hoy apuesto y quiero demostrar en bravo gesto que me sien-to joven, vivo y contento.

Las cosas no son su apariencia, la esencia no es mero trozo, vivir la vida es paciencia, no arrojar los tejos al otro.

El haber nacido me llena la amistad, mi gran descubrimiento, no digamos el saber que Dios me ama, el gran susto que un día me dio aliento.

No es el miedo a la muerte amigo, ni la influencia de un reverendo, es querer vivir la vida, aprovechando la ocasión del momento.

Hoy corriendo a los bosques huiría y gritando, cantarle a mi viento, que bonita resulta hoy la vida, porque amo al hombre, a Dios y al silencio.

Y así se empezaba a plasmar en mí lo que estoy diciendo de la intuición. Las cosas a esta «altura» de la mera vida todavía no las podemos saber. Quiero decir, que nuestro conocimiento no alcanza a responder lo que más nos interesa en esta vida, pues la lógica toca su techo cuando la idea pretende comprender lo que creo y siento. Sólo una vía de expresión deja salir de mí el sentido de lo pleno... son las intuiciones.

Una idea abstracta que siempre ha permanecido en mí es que la vida para el hombre es un conglomerado de «Historia» y «misterio». La Historia es lo que realizamos y se va acumulando en nuestra mente nuestra forma de pasar por la vida. Puede decirse que es el pasado. Pero el misterio es el valor que nos conecta con a vida y hace posible la Historia. Es más, hace posible que la Historia pueda irse realizando en su versión más plena. Cuando abrimos los ojos, de frente a lo que tiene de misterio esta vida, nuestro comportamiento, con un magnetismo inevitable, busca a las cosas y a las personas, y reacciona ante ellas buscando «raíces» y «alturas». De esta forma lo cognoscible abre toda su extensión ante nuestro ser, descubre sus límites, y sin querer, cuanto más conocemos, llegamos al inicio de la fe, donde Dios no sólo se descubre, sino que entramos en un áurea donde resulta imposible encubrirlo.

Así podemos decir, que el enfrentamiento a la dosis de misterio que guardan todas las personas y cosas nos convierte. Pues ante el más allá incorporado a todo ser, que es lo esencial invisible a los ojos, nuestro comportamiento cambia.

El misterio no es conocimiento sino lo que le sigue, donde éste no alcanza. Mediante el conocimiento dejamos de ser ignorantes. Sin embargo, en el mar del misterio sólo flotamos con la barca de la fe. Y el que no tiene fe se hunde. Bajo el agua de la duda no respira la conciencia, sólo el cuerpo que bucea donde el sol no se ha de ver. Es misterio todo aquello que interesa para dar una respuesta al porqué de la vida y su destino. El conocimiento nos resuelve la forma de vivir y nos sitúa ante el haz de lo posible. La fe nos salva y lo culmina todo y sentimos que esta vida no se pierde como nada, como el ojo pierde vista más allá de lontananza.

¡Gracias Señor porque te has revelado a mí en este tiempo de juventud e intuición!

Cuando me dijeron que se me daría la palabra en estas conversaciones, mi primera reacción fue aceptar muy «alegremente». (He aquí un primer inciso sobre lo que no es alegría). El tiempo en el Movimiento de Cursillos, y en todo lo referente al testimonio cristiano, me ha hecho ir comprendiendo que hablar y más, junto a la serie de rollistas que me ha tocado en esta ocasión no supone un modo de alimentar el orgullo personal buscando el aplauso de quien atiende, que en el fondo acaba por ser un falso arropamiento, sino la necesidad que tenemos en la Gracia de Dios de comunicar las ideas que surgen de la meditación personal o mediante el testimonio vivenciado de experiencias que el espacio y el tiempo nos otorgan.

Pero mi conflicto, que no he tratado de justificar no es el hecho de hablar, hoy aquí, sino el de tener que hablar sobre la alegría. En el momento mismo que me invitaron para intervenir, estaba confundiendo la alegría de hablar en las conversaciones, con el hecho de hablar en las conversaciones sobre la alegría. Y aceptando esa realidad, enseguida que me puse a pensar, me di cuenta de que significaba algo así como expresar la sensación que me proporciona un color, o hablar sobre el enamoramiento, o del sentimiento de otros placeres libertadores que despiertan en el alma. A Dios gracias que no estoy hablando a ciegos que no han sentido la fuerza de un color, a soberbios que no conocen la alegría, o a desalmados que nunca se han enamorado. Así me dispongo, a tratar el tema de la alegría sin olvidarme de que es algo que pertenece esencialmente al ámbito interior del hombre; algo que nace en el núcleo vital de la propia persona y que se instala en su sistema de conciencia, allí, en el mismo lugar, en donde concurren todas las cosas que de verdad sabemos, sentimos e intuimos.

De tal modo no puedo atreverme a hablar de la alegría como fenómeno, sino como estado de armonía del cuerpo, de la mente y del alma; que es siempre un resultado, nunca inicio del esfuerzo por alcanzar la coherencia y la serenidad; y no sólo respecto de Dios, sino también, respecto de las circunstancias que no suelen ser coincidentes con lo que queremos, deseamos y perseguimos. Es decir, donde Dios está aún por llegar.

Así pues, ya no puedo hablar de la alegría como fenómeno, sino únicamente del hombre alegre, como aquél en quien se le reconoce salud en el espíritu, en quien se ve que Dios «le manda».

ACERCAMIENTO A LA DEFINICIÓN DE ALEGRÍA

Uno de los motivos que me han entusiasmado de estas conversaciones ha sido la elección de los temas a tratar. Y quiero poner énfasis en ello, puesto que creo que son y han de ser para que Cursillos sean pensados desde su nervio ideológico, diez palabras que constituyen la columna vertebral de la alegría de un hombre/mujer. Yo me siento crecer en tanto que descubro la imprescindible dimensión de cada una de ellas, y porque además fue el mismo Jesucristo quien las escogió como centro de su mensaje. Cuyo fundamento último es la alegría: «Estad alegres porque el espíritu estará con vosotros...»

De tal modo se me hace posible alcanzar la alegría cuando me queda construido y consigo hacer vida el engranaje de los temas precisos que aquí hemos tratado estos días. De manera que me atrevo a definir la alegría como:

El fruto que surge en una PERSONA cuando descubre su condición de LIBERTAD y desde ella opta por vivir en clave de AMOR, o sea sin miedo, sin temor, mediante la AMISTAD como mejor medio de comunicación, cuyo seguro se constituye en forma de CONVICCIÓN que se exterioriza caminando en verdad, es decir con SINCRICIDAD, y dirigida por un CRITERIO, que aparece como el arte de adaptar la personalidad a la circunstancia y de interpretar la VIDA como algo que está siempre por estrenar, como un eterno volver a empezar, y si se acepta esta condición, prescindiendo de andar en prejuicios mentales y rechazando los arrebatos que nacen del instinto, dándole a las cosas la importancia que en realidad se merecen, por ende, con NORMALIDAD.

Y todo intento de definición que nada parece que tiene que ver con los momentos de alegría que hemos experimentado es lo que concurre cuando nos sentimos verdaderamente alegres, aunque nos resulte imposible expresar lo que está ocurriendo en nosotros. Quizá es un síntoma de que es absolutamente verdad eso que nos está ocurriendo precisamente cuando tenemos dificultades para expresarlo. Y de hecho, todos, cuando sentimos verdadera alegría, recurrimos siempre a expresiones exclamativas para hacer referencia al sentimiento de una verdadera alegría, intentando expresar lo que no sabemos explicar. (¡increíble!, ¡maravilloso!, ¡fenomenal!, ¡auténtico!): la alegría es una de aquellas pocas cosas que todos hemos experimentado y que difícilmente sabemos decir lo que son, tanto que nos refiramos a acontecimientos que marcan nuestras vidas, como a pequeños aspectos de lo cotidiano que proceden microscópicamente en nuestro interior, y que nos van alegrando la vida por razones que se mueven como agujas horarias.

Algo de eso me pasa cuando pequeñas fotos de lo cotidiano, que de común pasan como inadvertidas en la película de mi vida, y que sin caer en la cuenta en muchas ocasiones, engendran en mí un sentimiento de alegría y conducen mi consciencia hacia una posición agradecida y vibra mi corazón si despierto a ellas.

Así, por ejemplo, me ocurre cuando una persona mayor que yo y que se haya en una posición de soberbia escucha lo que le digo, cuando mi madre ha colocado cuidadosamente en un jarrón las flores que le regalo, cuando suena el teléfono en casa y llama alguien para mí, el ruido de las máquinas del horno que hay debajo de mi finca durante la madrugada que me hacen pensar que la ciudad está viva también por la noche, que algunos se ganan el pan haciéndolo nuevo para los que duermen. Alguien te da un abrazo y te dice que te quiere, y tú por dentro sientes que es verdad. El final de una clase en la que has aprendido mucho; las tostadas del desayuno; las tapas rojas de un libro de Derecho; un niño pequeño cuando duerme; la farmacéutica es simpática con una clienta, y tú que piensas ¡ya era hora!; la mano de la paz de un amigo cursillista que te encuentras en la misa del domingo; cuando una mujer contesta al marido que sí; hasta un semáforo verde que te adelanta medio minuto; la sonrisa de un anciano que te mira con agradecimiento porque le recuerdas su juventud; un estadio que se viene abajo porque gana el equipo de casa; el concierto de campanas de las iglesias cercanas en día señalado; el sol recién salido; el antiguo bar de la facultad donde tantos buenos momentos hemos pasado; la canción de la muralla que se canta juntando todos las manos; una guitarra española sobre un escenario; un gol por la escuadra; las manos suaves de una niña de quince años que la notas tierna en el saludo; una rosa roja en el jardín de casa; un drogadicto que pide perdón por las molestias; buscar una Reunión de Grupo; el ofrecimiento de obras por la mañana cuando te dispones a empezar el día y todos duermen todavía en casa; un alto en el camino a la hora del crepúsculo; un amigo que se esfuerza en sincerarse contigo y sintiendo que le cuesta te hace comprensivo a su palabra...

Y así, miles de fotografías, que día a día surgen gratuitamente, y que dependen del objetivo que lleva uno dentro, es decir, de su actitud de contemplación y de su capacidad de asombro, que le da valor eterno a las cosas que pasan en un instante y que son de uno para siempre en el recuerdo, y van acumulando la consciencia de un paso agradable por esta vida. Todo influye en cada uno y hace fluir un comportamiento que surge sin necesidad de maquinación y por donde nuestra voluntad circula ávida, con ilusión, siendo las trabas que nos llevan a la inconstancia mucho menos

notables, que cuando nos arrastramos a remolque de una circunstancia incomprendida / incomprensiva. Esa es para mí la alegría, y así lo ven los hombres alegres.

Por otra parte, creo que la alegría es también consecuencia de un proceso de conversión. La alegría no se improvisa, no surge espontáneamente el sentimiento profundamente alegre por la mera reflexión de las cosas que nos pasan, aunque sólo eso ayuda. Lo que sí podemos decir, es que cuando hay un sustrato creyente que evoca un sentimiento agradecido ante la vida, nos colocamos sin querer en una tribuna, al nivel desde donde contemplamos poderosamente todo lo nuestro y nos convertimos en hombres y mujeres radicalmente alegres.

La alegría es siempre resultado del esfuerzo que cada uno va realizando en su espacio interior, donde ejercitamos la fuerza espiritual de nuestro ser y adquirimos habilidad para adaptar nuestra personalidad a cada circunstancia concreta que vivimos y eso depende de varias razones:

Elegir desde Nuestra Libertad

Si no elegimos ser nosotros mismos, haciendo el esfuerzo necesario para ello, nos dejamos llevar por motivaciones involuntarias que de ser conscientes no aceptamos.

Hoy vivimos, una época de cambio a nivel universal, el avance en los medios de comunicación afecta directamente a los modos de producción y éstos sobre la forma de vida del hombre. La velocidad de los acontecimientos que cambian o que afectan a la dinámica del hombre es inasimilable y en esta vorágine de cambios se crea un clima de desorientación respecto de los valores que construyen la persona. Estos valores son siempre los mismos, pues la necesidad esencial del hombre no cambia con la circunstancia histórica ni el avance científico. Todos tenemos las mismas necesidades y la felicidad no se resuelve por gustos o preferencias, sino que es una cuestión de clarividencia.

Por otra parte la oferta del ritmo de vida occidental, basado en el consumo y la imagen, resulta al final denigrante; pues donde queda ensalzado lo efímero no se construye la Vida, una vida de la que depende todo futuro. El Hombre, que sólo lo es en la medida en que se pregunta qué es el Hombre, anda buscando inevitablemente y no encuentra fuera de sí caminos certeros que le conduzcan a ideales certeros. El aluvión de ofertas que denigran y bienestar que aletargan, nos llevan a conformarnos en esta vida con trazar el paso de la hormiga, es decir trabajar para sobrevivir, guiados por una hilerera que va y viene en busca de «pedazos» que ayuden a pasar los inviernos, y una comunicación por señas para no ser interrumpidos en el camino de un destino inmediato que nos lleva muy deprisa a ninguna parte. Al final el hombre ha vivido fuera de sí, y no halla en su interior una respuesta para su tiempo de existencia.

...Y ahí permanecemos los jóvenes en el chiringuito de las luces artificiales, y cautivados por un consumismo que guarda la imagen de la felicidad a la que queremos llegar ignorantes de lo que podemos hacer... y no hacemos. Pero en el fondo haciendo un ejercicio de inteligencia hay que leer dentro de esta realidad. Y es que con la euforia que tenemos, esa que persigue la diversión y el consumismo, demuestra su necesidad de razones trascendentes por los que dar su vida. Una actitud relajada de ideales consume su ignorancia sobre el sentido de la vida, la vida propia de cada uno. Y las modas y los espectáculos nos pueden, colocando así lo estético por encima de lo ético, momento en el cual aquello pierde su sentido de valor para el Hombre. Así pues, por la necesidad de ser aceptados por los demás nos adaptamos a una marca antes que esforzarnos por mejorar el

trato, hacemos del competente un enemigo y nos hacemos partidarios de lo generalmente aceptado para no ser rechazados por los demás. Lo peor es cuando el hombre así se acerca a lo religioso y hace de ello, un instrumento de empatías que buscan clientelismo social, económico, político o moral, ignorando que el engaño nace en la falta de altruismo, en la falta de convicciones, y en la falta de fe, y cae sin querer en la mentira, el pecado y el delito.

Buscar en las Relaciones un Verdadero Afecto

Lo que más andamos buscando en esta vida es la alegría de un verdadero afecto y de nuevo estamos ante algo entrañable. El verdadero afecto brota de la conexión con el núcleo de amor que reside en la entraña de las personas. Pero hay que hurgar mucho para encontrar lo que en realidad buscamos. Y no es un ejercicio mental sino espiritual de abertura y acercamiento a los demás. Necesitamos salir de nosotros mismos para entrar en relación. Sólo crecemos en el corazón de los demás. Alguien debe conectar con nuestra entraña del ser para que encontremos sentido a la vida. Un hombre solo no puede ser un hombre alegre y sólo podemos hablar de alegría como consecuencia de un proceso de búsqueda de lo que resulta necesario para vivir algo más que sobrevivir, así también espiritualmente.

Es precisamente en la aceptación de esta realidad donde muchas veces se produce el conflicto, al no querer afrontar ese reto, esa tendencia (que en ocasiones requiere esfuerzo de puesta en marcha de la voluntad), lo que nos conduce a la tristeza, al aburrimiento a la desesperación y acabamos conducidos por el animal que todos llevamos dentro y, por tanto, quedamos inexplicablemente sometidos a los límites de lo impulsivo que no alcanza lo que sí el ímpetu, y movidos por la ilusión de la inmediatez que no llega a donde sí la búsqueda de la verdad. Queda moralista, pero no se enerva la realidad de que la consumación de todo lo que hacemos movidos por el instinto marginando nuestra voluntad nos acaba frustrando, acaba por volverse contra nosotros, haciendo cada vez más inerte nuestra capacidad de amar, como única forma de vida que nos hace más libres. Es el amor la mejor fuerza que tiene el hombre para cambiar las cosas y sólo entonces intuye que Dios es y existe y que la vida guarda incansablemente su sentido.

Aún así llega el momento en que hay que respetar. El proceso de cada uno es diferente, aunque todos necesitamos no igual pero sí lo mismo para ser felices, para alcanzar «la alegría». Hay que confiar, ... pues el hombre intuye en algún momento de su vida al encontrarse solo en su necesario desierto personal y en su silencio que no todo puede verse abocado al abismo, a la nada. Para ello hay que abrirse a la fe, que es el estado donde se establece la alegría constante y definitiva. Por esa fe, entiende que la vida no nos ha nacido para matarnos y que más allá de nuestras posibilidades está la fuerza que les dio origen. Quien se abre a la fe no lo ve todo claro, no evita la duda para el resto de existencia, pero empieza un camino de educación de su conciencia que busca la versión profunda y trascendente de todas las cosas.

Por eso mismo, para mí, el mundo no se divide en cristianos y ateos, y de otras religiones, sino entre los que se dan cuenta y los que no, de que el amor es lo único que puede con el miedo a lo desconocido. Esos son los creyentes, los que tienen fe. Fíarnos, es lo único que nos lleva más allá de la muerte, y aquí, más allá de lo que en ciencia y consciencia podemos conocer. Por eso el hombre alegre es aquél que no quiere caer en el engaño de la ceguera que produce lo meramente visible. Y en la medida de lo posible evita que otros vivan engañados en la idea de que la vida está

amojonada inevitablemente. Abrirse y llegar al otro es el arte que tiene el hombre alegre y la verdad de la alegría, la fuente de esta alegría está en uno mismo, y en el panorama de frutos que recogemos en nuestro interior si optamos por ese estilo de vida. Pues la alegría es salud en el alma, paz interior, la dimensión en que se hace posible la comprensión de todas las cosas y que acoge todo lo que nos viene dado como incomprensible.

Alcanzar Sentido del Humor

Dicen los sabios que un buen ejercicio para los músculos del espíritu es la práctica del sentido del humor. Consiste en abrir los límites de la lógica y dar un tono desprendido a las cosas, reír lo que resulta gracioso, y amortiguar lo que nos llega con estridencia. Cualquiera puede hacer una gracia, todos sabemos contar un chiste mejor o peor, pero el sentido del humor no está al alcance de todos en cualquier momento. El sentido del humor es el arte de saber relativizar lo que es per se relativo y dejar en autoridad de absoluto lo que es absoluto. Es la capacidad de manifestarse sobre lo bueno y lo malo de forma relajante y jubilosa al mismo tiempo, y siempre dentro de unas reglas de coherencia. Saber hacerlo es el secreto que salva mediante esta práctica sólo a unos pocos. El sentido del humor es algo más del sentido del amor, es saber pasar las cosas por alto sin subyugarse; es otra dimensión de la ternura; algo bastante parecido a la visión que debe tener Dios sobre el mundo... en la contemplación de los movimientos de sus criaturas...

Un psicólogo inglés escribió un libro titulado «El arte de amargarse la vida» y de él me quedé con dos detalles definitorios/definitivos: uno cuando decía que las personas nos tomamos la vida como un juego poniendo como primera y fundamental regla que la vida no es un juego, que la vida es una cosa muy seria. Y otro, cuando dice que los hombres son desdichados porque no saben que son dichosos. Eso nos aclara tal vez, que la razón es la mayor fuente de los problemas. Cabodevilla alegaba el brocado: «pienso, luego no existo». La alegría es también un estadio de la persona donde se practica el buen humor y por tanto donde el hombre tiene poder sobre su orgullo personal. Reírse uno de sí mismo colma esta capacidad.

LA FE - LA RAZÓN DE LA ALEGRÍA

Finalmente quiero decir, que la alegría es el fruto del esfuerzo personal por entender y asimilar las grandes razones que tiene el hombre para ser y sentirse alegre y que cualquier experiencia de desierto y de silencio nos permite alcanzar. Pues suponen el saber de la libertad, la posibilidad de la fe que nos abre la puerta para un siempre, la luz en los momentos de oscuridad, la guía orientadora en los cruces de caminos, la confianza para el paso firme en el impás.

Por eso, la alegría supone siempre algo más que ausencia de tristeza, igual que la felicidad supone algo más que ausencia de problemas. Y su razón está en los motivos, que integrados en nuestra vida hacen de nosotros hombre y mujeres radicalmente alegres.

El don histórico, el gran y poderoso motivo que tiene el hombre para ser alegre, incluso para estarlo, es Jesucristo, su vida, y sobre todo su Resurrección. La Resurrección de Jesucristo, es el

momento culminante en el que cercioramos nuestra libertad. Es el momento a partir del cual el hombre ya puede hablar de la VIDA (en mayúsculas), porque la vida es más poderosa que sus propios límites, pues superior a la propia muerte. En la fe en Jesucristo el Hombre ya sabe que la vida no es una luz entre dos noches, sino un amanecer para siempre. Él mismo, es la razón infinita para ser y sentirse alegre.

LA ESPERANZA ES LA ACTITUD QUE NOS SALVA

La fe en Jesucristo es la alegría portadora de la Esperanza. Que además no es una esperanza meramente anclada en un más allá, sino una esperanza poderosa para «salvar» los imposibles del más acá. Una dimensión para despejar y relajar los sentidos y los sentimientos ante la incomprensión, ante la falta de respuesta muchas veces de las personas que viven a nuestro lado o el desdén de quienes te «clasifican» porque no te conocen.

Ocasiones de angustia y de ansiedad a todos nos han acorralado el camino alguna vez. La esperanza de la que os hablo es aquella que siempre abre el camino de nuestros siguientes pasos y nos vuelve a hacer sentir eternos, dichosos, agraciados y que nos ayuda a volver a alcanzar la belleza de la serenidad del rostro que portamos. Eso nos lleva a la posibilidad directa de conectarnos en la corriente de alegría que dinamiza a los hombres de la fe. Porque Cristo es algo más que el anunciador de la absoluta trascendencia es la presencia acompañante en nuestras vidas y que nos sopla al oído en cada ocasión que todo desafío terrenal tiene una salida.

El descubrimiento renovado de que Dios me ama, de que Cristo es mi amigo y de que el Espíritu está con nosotros, resulta ser la razón más poderosa para hablar en términos pletóricos de la Alegría, es decir, para que en esta vida existan hombres con alegría.

Lo descubrieron Cleofás y su compañero cuando andaban una tarde camino de Emmaús, que invitando a Jesús a quedarse con ellos atraídos por sus palabras y sin saber que era él, en la bendición lo reconocieron. Al descubrir a Jesús pasaron de la desesperanza a la esperanza, pues había resucitado y convirtieron su incomprensión en alegría.

Así me ha pasado también a mí en horas de sentimiento de fracaso, de oscuridad y desazón... en momentos en que parece que todo esfuerzo por conseguir lo certero carece de sentido, parece que no lo haya, que no exista... En ocasiones la vida le ha dado la espalda a mi empeño. Pero al elaborar esta «conversación» algo de alegría ha renovado mi forma de estar en este mundo. He sentido que me fiaba y he intuido esta tarde que detrás de lo que no veo está lo que yo espero. Mi felicidad se hace la contradictoria cuando le abro cancha a mi espíritu de búsqueda.

Algo ha empezado de nuevo en mí, Éste es el rollo de mi conversión y por eso al despertar es cuando repito aquella canción «... ven, canta, sueña cantando, vive soñando el nuevo sol, en que los hombres volverán a ser hermanos... » ¡¡¡Escucha hermano la canción de esta Alegría!!!

¡DE COLORES!